

Kaly-an

El despertar del guerrero

Vol. 1, primera parte



Raquel Guillén

KALY-AN, El despertar del guerrero. Volumen 1, primera parte.

© 2016 Raquel Guillén

Todos los derechos reservados

www.sagasion.com

info@sagasion.com

ISBN-13: 978-84-617-4538-8

Autora: Raquel Guillén

Diseño de la imagen de la portada: Abraham Castilla

Diseño de portada: Raquel Guillén

Maquetación interior: Raquel Guillén

Corrección a cargo de: Vivian Stusser

Mapa: EpicMaps

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida ni distribuida por sistema electrónico o mecánico alguno sin previa autorización escrita de la autora, salvo para uso informativo.

Obra inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual.

Para los que creyeron en mí y para los que no

.

ÍNDICE

Agradecimientos	i
Prólogo	1
1 La tormenta de nieve	Pg 7
2 Adoradora de dragones	Pg 29
3 La montaña roja	Pg 52
4 El ataque	Pg 68
5 Ecos del pasado	Pg 101
6 Azufre en el viento	Pg 132
7 Epílogo	Pg 156
Guía de personajes	Pg 161
Mapa	Pg 173

Este libro está dedicado a:

*Mi hermano por ser mi Sombra,
Mi madre por otorgarme el don de la juventud eterna,
Mi padre por forjar mi carácter,
Mi abuela Ascensión por ser la mejor hada madrina
que una niña puede soñar,
Mis tías: Sole y Ana por aguantarme en mi adolescencia,
Mis niños: Ron, Lluvia y Blau por ser como la luz de un faro
en mis tormentas
y sobre todo
a Emilio por ser el constructor de mi futuro.*

PRÓLOGO

La sombra de una menuda y esbelta figura alfombraba el interior del templo. Apoyada en la pared contemplaba el ocaso, deleitándose con la energía de los últimos rayos de sol, suficientes para mantener su poder.

Oculto desde hacía milenios en aquel planeta, sabía cómo mantener el equilibrio de la magia para no delatarse. Era, a la fuerza, una criatura de la noche.

La singular arquitectura del templo, abierto al mar por un lateral y construido sobre un escalofriante e inaccesible acantilado, le permitía encerrarse entre las tinieblas mientras la luminosidad del mundo se retraía. Aquel santuario, erigido en su nombre, le gustaba de forma especial.

Una vez que la luz desapareció del horizonte y la oscuridad se extendió, penetró en él. Ataviada con un largo y vaporoso vestido negro y un simple chal del mismo color sobre la piel olivácea, no necesitó acostumbrar sus ojos a las tinieblas. Dentro, el altar en forma de triángulo la esperaba. La enorme figura de obsidiana poseía en su interior una espiral cincelada, obra de los mejores maestros de la civilización que ella misma creó, siglos atrás, para servirla. Sin pretenderlo, a través del tiempo aquel icono se había convertido en su emblema.

Rasgó el aire sobre la volcánica piedra con sus uñas largas y curvas. La espiral se iluminó de azul, difuminándose poco a poco para acabar mostrando una lejana y conocida escena: una mujer dando a luz. Su aspecto delataba la agonía del parto. La comadrona

y su asistenta luchaban por sacar al nonato.

Al final, la experta anciana lo consiguió, pero a qué precio... Demasiada sangre sobre el lecho de la reina. Nada podría parar su hemorragia. Lo había vivido tantas veces que no sintió tristeza. Disciplinada y metódica, preparó el brebaje. La soberana moriría sin dolor. El narcótico la transportaría al mundo de los sueños junto con el último de sus recuerdos: la visión de su hijo.

La imagen en el altar se centró en el pequeño: un varón amoratado e hinchado que lloraba a pleno pulmón, pero que al presentir la fuerza de la dama del templo cerca de él, enmudeció de golpe. Ante aquella sensación, desprecintó sus ojos indigos, abriéndolos en su búsqueda. El reflejo en ellos de su antiguo linaje llenó de excitación a la poderosa sacerdotisa.

Dos esferas brillantes aparecieron de improviso. Primero una, alterando la oscuridad del desatendido santuario, y segundos más tarde la otra. Sus resplandores apenas iluminaban los rincones de la rectangular sala. Sin embargo, el rostro de la mujer sí quedó alumbrado. Con una tez fina y mate, de pómulos altos y labios rojizos, y las delgadas cejas opuestas a la exuberante melena ondulada de color azabache, apenas aparentaba los veinticinco años. La negrura, irradiada desde el interior de sus ojos carentes de esclerótica e iris, absorbió veloz la luz de las esferas. Parpadeó, consciente de su distracción, y al instante estos adoptaron la forma correspondiente al cuerpo que poseía y una tonalidad azul celeste. La leve fluorescencia irradiada desde su interior la hacía tenebrosa y lejana, pero aquellos falsos ojos humanos le permitían dosificar la cantidad de energía lumínica con la que se alimentaba. Las esferas volvieron a materializarse con un nuevo brillo.

—¿Ha nacido ya? —Impaciente y con eco metálico se escuchó la voz de la primera esfera.

La luminiscencia del altar se apagó, volviendo a mostrar solo la imagen del pequeño.

—¿Dónde está? —exigió la esfera.

—A salvo. Lejos, muy lejos. Su hora aún no ha llegado —contestó la mujer con voz dulce y musical, mientras desplegaba una amplia y perversa sonrisa.

—¿Cuándo ocurrirá? —La irritación hacía que la esfera de voz metálica centelleara—. ¡Lleva nuestra sangre, debe ser educado por uno de los nuestros! No habrá trato si no es así.

—Lo sé. —El timbre tranquilo y sereno de la sacerdotisa

contrastaba con la ferocidad de sus facciones—. Será educado por un moyturiano cuando llegue el momento, tal y como acordamos. —Sus últimas palabras no ocultaron la molestia que empezaba a sentir ante la descortesía de su invitado.

—¿Cómo se llama? —insistió este, intentando disimular su ansiedad, pero sin ninguna intención de darse por vencido.

—¿Qué importa? —Río ella, mostrando una serrada dentición—. Él ya tuvo un nombre y con el mismo se le reconocerá.

Cansada de la prepotencia de aquel ser cuyas intenciones ocultas conocía muy bien, absorbió en segundos la magia de la esfera desvaneciéndose así el canal por el cual se comunicaban. Saboreando su energía, dio por concluida la discusión.

—¿Y ella? —preguntó la voz infantil del segundo invitado, que se había mantenido en silencio durante todo el tiempo, observando la fragilidad del niño humano—. ¿Ha despertado ya?

Los retornados agujeros negros de la dama se dirigieron al horizonte. El mar se confundía con la noche en una línea inapreciable, pero podía distinguir el valle de Cromon. La nieve caía incesante. Avanzó más en dirección a la fortaleza. Percibía su presencia.

LYAN

Vivo en un eterno sueño de Silencio y Oscuridad del cual tengo miedo a despertar. Sé que el mundo real no es tan cruel como el de mis sueños, pero ¿quién me ayudará a atravesar sus fronteras?

Nadie.

Vago eterna entre fantasías. Sirvo a mi Mente, a la Soledad y al Silencio. Dueña de mis ilusiones y prisionera de mis temores envejezco entre delirios de libertad; una libertad que tengo al alcance de mis manos, pero no sé cómo afrontarla. Hace tiempo lo perdí todo y eso me llevo a mi estado. Solo tengo dolor y en el Silencio de mi Oscuridad escucho la Luz. Una Luz que fue tiempo atrás la base de mi vida. Cierro los ojos y busco en mis recuerdos, algo ha cambiado. Un nuevo futuro se construye.

Lyan (volumen1, primera parte)

LA TORMENTA DE NIEVE

Un manto de oscuridad cubrió el cielo. Nada en el ambiente había presagiado la llegada de la tormenta. Los relámpagos invadieron con destellos la bóveda celeste, para después dar paso a los temibles estruendos. El intenso frío avanzó acompañando a la tempestad, que vistió el paisaje de blanco gracias a la imprevista nevada. La tregua ofrecida aquel año a la primavera, apenas apreciable, se convirtió en un mal augurio. Las constelaciones, alineadas igual que el día de su muerte, señalaban el inicio de un nuevo ciclo.

Cinco siglos de relativa paz, extendidos por toda Shima como una funesta enfermedad, contribuyeron a relegar su recuerdo a una simple leyenda. Nadie creyó que regresase, pues daban por zanjada su época; todos, salvo aquellos que conocían su destino.

El día de su despertar estaba señalado. Su alma —reclamada para volver a luchar, avivada por un juramento— se alzaba de nuevo y con ella su tan temido ejército de dragones.

How-yí había llegado la noche anterior a la fortaleza, buscando un refugio para él y su yegua parda ante la virulencia de la tormenta. Como explorador y cartógrafo de Titania —la montaña roja, hogar de los dragones—, llevaba unos cuatrocientos años recorriendo el continente, informando al Consejo de Dragones de los cambios políticos y actualizando las fronteras de los ducados. También realizaba, aunque de forma secreta, elaborados informes

sobre las amenazas que representaban las diferentes naciones para los intereses de Titania, que consistían solo en mantener el control del flujo. Por ese motivo, siempre viajaba.

La fortaleza de Cromon, al igual que las otras cuatro, situadas de forma estratégica en los pasos hacia Titania de cada una de las cinco provincias hsias, era sobre todo un puesto de vigilancia. Contaba con un regimiento de doscientos hsias, de los cuales tres cuartas partes conformaban escuadrones.

Nada más mostrar su blasón en el puesto de vigía, entró y sin esperar a nadie, dirigió su yegua hacia las cuadras. Conocía a la perfección la distribución de la fortaleza, ya que no había cambiado en los últimos trescientos años, desde su construcción.

Cansado más por el frío que por el largo viaje, encaminó sus pasos hacia la nave principal. Sabía que no necesitaba el permiso del general al mando para quedarse hasta que amainase la tormenta; no obstante, decidió presentar sus respetos y cumplir con las normas de cortesía pidiendo el derecho de pernocta al capitán de guardia.

Una vez acomodado en uno de los barracones, junto a un escuadrón de exploradores, agradeció la comodidad y el calor, tanto de la pequeña litera como de las voces de sus congéneres. Le resultaba agradable volver a escuchar su lengua materna.

Amaneció nublado y todo el paisaje cubierto de nieve. Sin nada que hacer, pues aún seguía nevando, How-yí sacó de su equipaje un viejo y descolorido quipao negro y azul, el único que le quedaba. Pese a que él también pertenecía a la misma raza, no solía utilizarlo fuera de Titania. Prefirió cambiarse, pues la ropa de montar de los ducados resultaba extravagante entre aquellos muros. Una vez ajustada a su muñeca la armilla, grabada con el blasón de la casa de su señor, salió en dirección al salón de reuniones.

La amplia sala rectangular mostraba de forma casi insultante su único objeto de decoración: el emblema de la casa regente, un enorme estandarte que tapizaba la pared de enfrente de la entrada. Sobre un intenso fondo negro, un dragón bordado en rojo resumía el significado de toda la fortaleza. Admirando la familiar estancia, pensó en la carencia de ornamentos. Pragmáticos, un adjetivo con el que se podía resumir a los hsias.

Su vista se fijó en el atril, un sencillo mueble de madera sin grabados que contenía el cuaderno de ordenanzas. A bordo del

Viento del Norte, el bajel de un viejo amigo suyo, aquello se llamaría bitácora, pero en tierra firme solo era un grueso y pesado libro donde quedaban anotadas, no solo las órdenes destinadas a la guarnición, también asuntos más mundanos como los horarios de comidas, los turnos de guardia, los hallazgos de los exploradores..., en definitiva, la vida de la fortaleza en sí.

Hojeando sus páginas, una llamó su atención. En tinta roja, para diferenciarla de las demás anotaciones —era una directriz escrita por el propio general—, había una simple orden: “Prohíbo que la extranjera salga de los límites de la fortaleza. Está bajo la protección de Titania”.

A diferencia de sus hermanos de sangre, How-yí sentía curiosidad. La vida nómada que le fuera impuesta por Cronos —el dragón verde, regente del actual Consejo de Dragones—, junto con la necesidad de entablar relaciones con las diferentes razas de Shima, lo habían dotado de una perspectiva más amplia de la vida que la que tenía cuando vivía en Titania. Con una sonrisa en los labios, tomó el camino a las cocinas, decidido a ocupar su tiempo libre en investigar más sobre “la extranjera”. Sabía que de los hsias nada sacaría, pero la servidumbre siempre resultaba más manipulable, y esta, además, era humana.

Las voces del cocinero, sermoneando a su joven ayudante, y las risas de las sirvientas constituían los únicos sonidos de aquella planta. Nada más notar la presencia del hsia, todos enmudecieron. Las mujeres, dejando sus risas junto con el desayuno encima de la mesa, se desperdigaron a través del pasillo en busca de labores aplazadas. How-yí no podía culparles, su raza había sido creada para proteger Titania y los humanos se convirtieron en su primer objetivo, por su osadía y codicia casi resultaron exterminados. En la actualidad, después de más de trescientos años, imperaba una paz relativa.

Curioseando por la cocina, consciente de las miradas suspicaces que generaba, pensaba en cómo ganarse la confianza del aprendiz. El niño, de unos diez años y demasiado espigado para su edad, intentaba no mirar demasiado al hsia, pero su juventud y curiosidad —era la primera vez que uno de ellos pisaba la cocina— hicieron que en un par de ocasiones sus ojos se cruzasen con los del guerrero.

Extrañado ya que este no llevaba armas, ni coraza, ni el chaleco acolchado de cuero con el emblema de la casa. Solo un quipao, descolorido por los años, aunque en buen estado, pero sin insignia; además, sus ojos de color miel no se parecían en nada a los del resto de hsias —rasgados y de color marrón oscuro—. También llevaba el pelo largo, a la altura de los hombros, algo enredado y de un castaño más claro. El chico dudaba incluso de que fuese un guerrero, y más cuando levantaba las tapas de las ollas para oler los diferentes alimentos que cocinaban. Disfrutaba con los olores y preguntaba sobre especias a su maestro, quien respondía con monosílabos y de forma tosca.

—¿Qué haces? —preguntó How-yí al joven en su idioma, un dialecto derivado de la lengua de la alianza, y poco evolucionado debido a las condiciones geográficas de aquel territorio. Lo hizo de forma desinteresada, prestando más atención a un tubérculo que acababa de sacar del saco que tenía al lado.

—Pelar nevadas —contestó el aprendiz, algo cohibido, mientras buscaba con la mirada a su maestro.

—¿Nevadas? —sonrió el guerrero ante el curioso nombre con el que las nuevas generaciones llamaban a la patata de alta montaña. Llevaba más de un siglo en los ducados del sur y la evolución del idioma consiguió sacarle una sonrisa.

El niño no perdió detalle de la sonrisa. Unos puntiagudos colmillos se perfilaron sobre la inmaculada y blanca dentadura. No había duda de que se trataba de un hsia. Asustado, volvió a su labor con más determinación.

—Quiero la misma comida que la extranjera —le dijo How-yí en un tono amable. Sabía que ahora, tras el despiste con su sonrisa, le costaría algo más ganarse su confianza.

—No, no tiene menú, es... especial —tartamudeó el chico, nervioso.

—¿No? ¿Y qué come? —preguntó, haciéndose el sorprendido, mientras dejaba el primer tubérculo y cogía otro para valorarlo. Su primer intento de saber a qué zona geográfica pertenecía había fallado.

—No sé —contestó el aprendiz, levantando los hombros—. Aún no ha despertado, no hasta que pare la tormenta.

“...que pare la tormenta”. Aquella frase resonó en la mente de How-yí, juntándose con las letras escritas en rojo. Sin despedirse, salió corriendo hacia el atril y con frenesí, buscó la anotación en

rojo. Al encontrarla, aguzó más la vista. La caligrafía... conocía a su dueño. Cerró el libro con brusquedad y se dirigió hacia la entrada de la muralla. La tormenta provenía de Titania.

“...bajo la protección de Titania”.

Lin, además de ser uno de los cinco generales del ejército hsia, ostentaba el título de Protectora de Kaikiat, su señor, como reconocimiento a una larga carrera militar llena de victorias. Triunfos de una época lejana, sus recuerdos plagados de sangre se perdían entre innumerables campañas. Desde el bastión de la muralla de su fortaleza —uno de los cinco baluartes de las provincias bajo el control de los dragones— observaba el bosque nevado. No había subido allí para asegurarse de que sus hombres cumplieran sus órdenes, sabía que jamás la desobedecerían. Solo deseaba admirar la fuerza de la tormenta. Sonreía, divertida, con la vista perdida entre la inmensidad del valle cubierto de nieve.

El estruendo provocado por un árbol al quebrarse por el peso de la nieve se amplificó, desencadenando segundos más tarde una avalancha en la ladera norte. Una fuerte carcajada estalló desde su garganta. Al pensar en las aldeas aledañas, recordó una frase que solía escuchar mucho en Titania: “Las catástrofes naturales son la mejor fórmula para controlar la superpoblación”. Y aquello era justo lo que iba a pasar.

Sin asombrarse por la virulencia de la tormenta, pues conocía las tácticas de los dragones, se envolvió más en su capa, dispuesta a no perder detalle.

Desconocía el motivo por el cual se le había concedido la guardia custodia de la extranjera, pero tampoco necesitaba saberlo. Sus órdenes: enseñarla y protegerla a cualquier precio, iban a proporcionarles —a ella y a su regimiento— unos años de acción. Hacía siglos que no luchaban en ninguna contienda; tras las cruentas guerras de poder se firmaron los grandes tratados de paz entre las razas mágicas. La paz y sus acuerdos asentaron las bases de la hegemonía de los dragones en Shima.

En definitiva, pensaba Lin, ya no necesitaban luchar para mantener el dominio sobre sus territorios; ahora los dragones utilizaban el flujo y el control que este les ofrecía sobre los elementos para equilibrar la proporción entre razas, sobre todo la humana, por ser la más prolífica.

—¡Cerrad las puertas! —ordenó a los hombres apostados en la

entrada. La pesada reja emitió un lastimoso quejido metálico antes de empezar a descender—. La fortaleza queda cerrada. ¡Eliminad cualquier amenaza a cincuenta metros al alrededor! —indicó, alzando la voz sobre el silbante viento.

—¡Esperad! ¡No la cerréis! —How-yí subió lo más rápido que pudo hasta la posición de Lin—. Protectora, ruego que me escuchéis.

Lin no desvió la vista del camino nevado que llevaba a la fortaleza, reconocía la voz que de forma tan descarada pretendía contradecir una orden suya. No pertenecía a su regimiento, ni siquiera tenía uno. El capitán de guardia ya le había informado de su llegada la noche anterior. Se trataba de ese arquero o explorador, que poseía un extraño privilegio otorgado por Cronos, gracias al cual, solo debía obediencia a Kaikiat y podía moverse por las provincias hsias a su antojo. Por ese motivo, pese al agravio de intentar contradecir una orden suya, no podía castigarle, pues él no le debía obediencia.

—Protectora Lin, la tormenta y la avalancha desplazarán a muchos humanos fuera de sus hogares, vendrán aquí buscando refugio. No se nos ha ordenado cerrar las puertas —dijo, sin que la rabia y la impotencia se reflejaran en él, pues a lo lejos empezaba a distinguirse el primer grupo de humanos que se acercaba.

—Tengo una invitada importante a la que he proteger a cualquier precio.

—No hay órdenes expresas de cerrar las puertas —le interrumpió él con precipitación.

—No —contestó, molesta por la impertinencia que mostraba el arquero—. Pero tampoco tengo órdenes de dejarles entrar. —Sonrió, mostrando los pequeños y puntiagudos colmillos, mientras se giraba para mirarle a los ojos.

El primer silbido quedó disimulado por el fuerte viento, más no los gritos de los asustados refugiados ante la lluvia de nieve y flechas que siguieron a la primera.

—Cincuenta metros he dicho... ¡No, que sean cien! —rectificó, alzando la voz y desafiando a How-yí—. ¡Todo ser vivo que no sea de esta fortaleza será considerado una amenaza y ha de ser exterminado! ¡Y cualquiera que ayude a los humanos también!

Dentro de la fortaleza, la nevada no había interrumpido la rutina de sus habitantes. Los entrenamientos, trasladados a su

interior, no habían sufrido ningún tipo de modificación, ya que como bastión de defensa contaba con las instalaciones necesarias para tales actividades.

El sonido de los guerreros luchando cuerpo a cuerpo o con armas, debido a la intrincada arquitectura de la fortificación, desaparecía entre los laberínticos pasillos que conectaban las salas de adiestramiento. En la segunda planta, solo el sonido de los humanos trabajando en las cocinas alteraba el silencio que reinaba tanto en el salón de reuniones como en el vacío comedor. Todas las habitaciones de aquella planta permanecían vacías, salvo una...

Abrió los ojos, cansada. ¿Dónde estaba? La habitación espaciosa y tallada en madera de color canela me asombró por su sencilla perfección. El gran ventanal, enfrente de la mullida cama donde me encontraba, filtraba la luz que bañaba la estancia desprovista de muebles. Me incorporé sintiendo una gran extenuación en todos mis músculos. Al posar mis pies descalzos sobre el suelo de láminas de madera, este me reconfortó, transmitiéndome percepciones cálidas y espumosas. La luz azulada de un relámpago me hipnotizó. El jardín, cubierto por una gruesa capa de nieve virgen, aún acogía a los pequeños copos que seguían descendiendo de la tormenta. Al acercarme más a los fríos cristales me vi... ¿quizás por primera vez? ¿Era yo esa mujer rubia de cabello largo, ojos azules y expresión triste?

Lin abrió la puerta de la cámara, aún molesta con How-yí por haber interrumpido su diversión. Le habría gustado quedarse y disfrutar del espectáculo. Al fin y al cabo, no todos los días veía a sus hombres abatir a esa escoria humana que infectaba su provincia. Pero después de las palabras cruzadas con el arquero, sabía que no debía quedarse, aunque solo fuera por salvar las apariencias.

Al entrar, tardó unos segundos en asimilar lo que veía. La extranjera no solo se había despertado, sino que además, se hallaba desnuda mirando por el ventanal.

Alguien entró en la habitación, notaba su presencia como una agradable fragancia. Al girarme, vi a una mujer vestida con ropa ancha y una especie de chaleco de cuero acolchado que me contemplaba desde la puerta. Acto seguido, inclinó la cabeza en señal de saludo, manteniendo su mirada desafiante clavada en la mía. Desprendía furia de sus pequeños y oscuros ojos almendrados. Toda su presencia denotaba un gran poder. La rabia contenida se manifestaba a

través de la fuerza con la que apretaba la empuñadura de su jian. Con el recuerdo del frío brillo de sus ojos y el sonido de su respiración, volví la vista al jardín nevado. Era extraño, no sabía quién era ni de dónde venía, pero por alguna misteriosa razón, todo me resultaba familiar. Todo, menos mi reflejo.

El quinto día amaneció soleado, frío pero radiante, y la principal ocupación de los miembros de la fortaleza consistió en retirar la nieve. Como un pequeño ejército de hormigas negras, los hsias salieron, palas en mano, para despejar, primero los caminos, y luego el patio de armas y los jardines del interior de la muralla.

How-yí se sumó de buen grado a la labor, casi había olvidado la sencillez del día a día de un hsia normal: entrenar. No recordaba la última vez que había realizado tantas sesiones de entrenamiento seguidas, incluso la pesada tarea de retirar la nieve se convertía en una buena forma de hacer ejercicio. Bajo las órdenes del capitán del escuadrón con el que compartía barracón, empezaron la limpieza de la parte norte, donde se hallaban las zonas de meditación. Amplios espacios al aire libre, con canales por los que el agua recorría su singular diseño hasta desembocar, tras una pequeña cascada, en un estanque ribeteado por grandes losas de obsidiana negra.

El graznido de un águila desvió la atención de How-yí. *Pluma Blanca*, su fiel amiga y compañera, se había refugiado en el bosque durante la tormenta y tras cinco días de ayuno alzaba el vuelo en busca de comida. Sonrió, tapándose los ojos con la mano para que el sol no lo deslumbrase, mientras la veía trazar círculos a lo lejos.

La alegría de ver a su compañera sana y salva se diluyó en segundos. Una extraña sensación lo embargó, poniendo todos sus sentidos en alerta. Con la mirada buscó qué era lo que podía ocasionarle aquel estado, pero no vio nada. Sus compañeros seguían despejando el camino entre risas y bromas, ellos no habían percibido nada.

Una visión inundó su mente. *Pluma Blanca*, pese a estar hambrienta y a punto de conseguir comida, había notado lo mismo que él y sobrevolaba los jardines en busca de su procedencia.

La imagen, nítida en su mente, se la enviaba el águila. Una mujer de pelo rubio, vestida con un quipao negro, avanzaba por uno de los caminos despejados hacia su posición.

How-yí observaba a la mujer a través de *Pluma Blanca* que,

cuando esta estuvo al alcance de su vista, dejó de mostrársela. Llevaban casi trescientos años juntos, desde que Cronos ancló la vida del ave a la del hsia, para ayudarle en sus misiones y proporcionarle un transporte para los informes. Con el tiempo, guerrero y pájaro habían adquirido una simbiosis psíquica insoluble.

La mujer llegó hasta ellos caminando de forma lenta y cansada. Avanzaba con dificultad abrazada a sí misma, no sabía si debido al frío o a la desorientación. Su vista pasaba una y otra vez de los jardines al cielo, para clavarse en las piedras de la muralla. Sin prestar atención a los hombres que trabajan quitando nieve, pasó por su lado sin inmutarse, en dirección al estanque. Al llegar a este, se dejó caer sobre las grandes obsidianas. Extrañada ante el ruido del agua, miró su superficie; no estaba congelada. La pequeña cascada emitía un tranquilizador y familiar sonido. Llena de curiosidad, tocó su superficie y para su asombro, comprobó que esta tenía su misma temperatura.

—¿Quién es? —preguntó How-yí al compañero más próximo.

—¿Acaso importa? —contestó este, clavando con fuerza la pala en la nieve.

—Sí, si hay órdenes de no dejarla salir y protegerla —replicó, imitándolo.

—Pregúntaselo a la protectora Lin —le contestó el hsia, con sorna—. Puede que esta vez te escuche.

—No. Prefiero seguir cavando. —Siguiendo la broma, le lanzó una palada de nieve.

Las risas de los demás guerreros hicieron también sonreír a How-yí. Le gustaba la compañía de sus hermanos y entre ellos sentía que aún pertenecía a algo. Una sensación muy diferente a la de Titania, donde los hsias de más alto rango, como Lin, le despreciaban por su forma de actuar. La vida allí no se asemejaba en nada a la del exterior y, para sobrevivir, tuvo que dejar de lado muchas de sus costumbres y creencias. Pero no se lamentaba, seguía vivo. Año tras año enviaba todos los informes que le pedían, y una vez cada veinte o veinticinco regresaba a Titania por orden de Kaikiat, empresa en la que se encontraba embarcado antes de quedar atrapado por la tormenta.

Ha pasado mucho tiempo desde que me desperté en esta habitación. Nada en ella ha cambiado, ni en mí. Sigo sin recordar quién soy y me he cansado de preguntar. Nadie me contesta. La mayoría de los que viven aquí son hsias; ellos me ignoran. Solo Lin y los humanos me miran a los ojos.

Día tras día observo mi reflejo en el cristal del ventanal y no consigo reconocermé. Me llamo Lyan, porque con ese nombre Lin se dirige a mí, los demás apenas me hablan.

Lin se encarga de enseñarme a luchar, no hago más que entrenarme. ¿Por qué he de aprender a defenderme? ¿Qué hay fuera de la fortaleza?...

Al principio fue duro, ahora me aburro en sus entrenamientos y mi mente vuelve una y otra vez al inicio de mis recuerdos: la luz azulada de aquel relámpago.

No soy hsia.

Ellos son morenos, de pelo negro o castaño, ojos almendrados y oscuros. Todos los que hay en esta fortaleza son guerreros, creo que la raza entera lo es. Silenciosos y sistemáticos, unidos como una única conciencia en acción.

He escuchado muchas veces cuchichear a los humanos entre ellos, les llaman asesinos, les temen.

Tampoco soy como los humanos de estas latitudes, robustos y corpulentos, adaptados a esta climatología.

Mis pesadillas han aumentado...

En el escaso tiempo libre que poseo, recorro las murallas de la fortaleza. Nunca las he traspasado. Tras ellas el bosque se extiende, denso y amenazador.

El estanque de obsidianas se ve desde mi ventana, el agua no se congela.

En mis largos paseos, una gran águila blanca me acompaña, me observa, me vigila... Hay inteligencia en la ferocidad de sus ojos ambarinos.

How-yí llevaba ya tres largos inviernos en la fortaleza de Lin. Instalado como un explorador más dentro del escuadrón con el que compartió su primera noche, no sabía qué le había hecho tomar aquella decisión. Una parte de él añoraba la vida nómada que hasta entonces había llevado, pero otra le decía que debía quedarse, que su deber estaba allí, que no podía partir.

Durante los primeros meses formó parte de los rastreadores de Lin, partidas en busca de amenazas tanto para la fortaleza como para Titania. Empresa inútil, a su parecer, pues nada ni nadie se alzaba ya en contra de los dragones. Con los meses, su lucha interna se fue apaciguando; cada vez más la extranjera lo

obsesionaba. Durante todo aquel tiempo no había dejado de observarla, ya fuera a través de Pluma Blanca o con sus propios ojos. Ella le recordaba su propia situación: fuera de lugar.

Dos días después de aquella primera vez en el estanque, volvió a verla, pero esta vez con Lin, entrenándose juntas. La imagen de la protectora realizando los sencillos *hsing shi*, corrigiendo y volviendo a hacer repetir a su torpe alumna, no solo disparó su curiosidad aún más, también provocó la sorpresa e indignación de todo el regimiento. No obstante, nadie osó criticar aquel gesto y con el paso de los días, pronto se acostumbraron tanto a la extranjera como a que su protectora la instruyera en diversos aspectos de su cultura. Pese a todo, lo que más sorprendía a How-yí era la facilidad y rapidez de su aprendizaje, hecho que tampoco pasaba desapercibido en la fortaleza. Su destreza con la espada y el dominio en las artes del combate cuerpo a cuerpo aumentaban a un ritmo muy superior al de su raza. Y a medida que se acortaban las distancias entre maestra y discípula, el odio de la protectora hacia esta se incrementaba.

Mientras las observaba luchar, How-yí pensaba, preocupado, en el tiempo que tardaría Lyan en derrotarla y cuál sería la venganza de Lin. Intranquilo, se aferraba a la idea de que la protectora jamás desobedecería una orden de Titania, pero su ansiedad se manifestaba cada vez con mayor intensidad cuando las veía durante horas luchar con sus jians. Su temor le había llevado a solicitar a Kaikiat, el señor de todos los hsias, permiso para quedarse en la fortaleza bajo el pretexto de ayudar en la detección de posibles fisuras en las defensas de Cromon.

Aquella decisión le valió la desaprobación de Lin y una enemistad aún más severa con ella. Para el soberbio ego de la protectora, significaba que él desconfiaba de sus métodos de protección y su actuación la había deshonrado ante su señor.

Pluma Blanca sobrevolaba el valle vestido de otoño. El cambio de estación se empezaba a notar en las cada vez más escasas horas de luz para cazar. Pronto llegaría el invierno. Gracias a una térmica, planeaba a altura suficiente como para ver el lago Riala, pequeño, y junto a él un punto gris y marrón: la fortaleza. Una ligera inclinación en sus alas hizo que abandonara la corriente, descendiendo hacia el lago. En sus aguas cristalinas probaría suerte

con el almuerzo. Al pasar sobre la fortaleza fijó su vista en el jardín. El objetivo que le había fijado How-yí se entrenaba junto a la mujer que dirigía aquella fortificación.

La espada de Lin, una deslumbrante hoja de acero de doble filo de unos ochenta y cinco centímetros de largo y sin guarda, intentaba una y otra vez penetrar en las defensas de Lyan. La joven se había vuelto demasiado veloz y la tarea de desarmarla le resultaba difícil a la protectora. Los combates solía ganarlos gracias a su pericia como espadachín, habilidades aprendidas en las largas campañas militares durante las épocas de pacificación, cuando aún los dragones tenían enemigos y se alzaban para conquistar los territorios donde el flujo emanaba de las entrañas de la tierra sin control. Ahora todos los focos se custodiaban y supervisaban, como el estanque ribeteado de obsidiana de su fortaleza.

La respiración de Lyan le indicaba su cansancio. Lin reconocía, muy a su pesar, su pericia con la espada; aún no la igualaba en fuerza, pero pronto lo haría. Sabía quién era aquella joven, no obstante, se negaba a creerlo. En su mente semejante aberración no debía existir y pese a las órdenes, jamás la derrotaría. Por ese motivo, encontraba un cierto placer en las pequeñas torturas a las que la sometía, basando, en aquellos actos, las pocas alegrías que se permitía.

Su resistencia había hecho que prohibiese a su regimiento dirigirle la palabra. Incluso How-yí cumplía aquella orden, pese a que sabía que la vigilaba. Se había jurado a sí misma destrozarse su psique hasta que no quedase nada, ni siquiera aquella mirada dulce y serena que poseía. Sabía que representaba un camino peligroso pero, al fin y al cabo, sus órdenes consistían en preservar su integridad física, nada más.

Lin vio la oportunidad esperada en la ligera caída de hombros de Lyan. La larga espada recta de su adversaria había interceptado la última estocada con la guardia algo más baja. Milímetros. No necesitaba más. Concentró su energía, el movimiento se generó primero en los pies, desplazándose hacia la cadera y fluyó a través de sus muñecas y dedos. No pensó, no reaccionó.

Era una hsia, una guerrera. Ningún apuesto humano la derrotaría jamás.

How-yí percibió la energía de la protectora. Vio una fuerza

electrizante y poderosa concentrarse. Asustado, corrió hacia las dos mujeres. A cincuenta pasos de ellas quedó paralizado, atrapado en una trampa de Lin. Haciendo acopio de toda su energía, intentaba por todos los medios romper aquel campo de fuerza. Algo en su interior despertó, arrasando con todo su adocctrinamiento. La imagen de Lyan de rodillas en el suelo con la espada de Lin clavada en su abdomen avivó al hsia que había en él. Notó crecer una furia descomunal. Lin, apoyada, con un pie sobre el hombro de Lyan, sacaba despacio la espada. El cuerpo de la extranjera cayó hacia atrás a causa de la inercia.

Quiso gritar, pero el sonido quedó capturado junto con él en el poderoso campo que lo mantenía sujeto. Pluma Blanca recibió la descarga de adrenalina. La mente de How-yí sustituía a la suya. Lo más veloz que le permitieron sus alas, dirigió su posición hacia el estanque de obsidianas. Lin permanecía de pie al lado del cuerpo de Lyan. Guiada por la psique del hsia, el ave se abalanzó, dispuesta a destrozarse a la protectora.

Lyan se incorporó sobre sus rodillas gritando de dolor, a tiempo de ver a la descomunal águila blanca a escasos metros sobre ella. Aterrada, rodó sobre sí misma hasta chocar contra las obsidianas del estanque. Allí, en aquel precario refugio, fue testigo de la transformación de Lin.

Sus ojos se ensancharon a la vez que sus pupilas se alargaban, el rostro quedó envuelto en un aura oscura. Pronunció algo en una lengua extraña. Una brillante luz salió despedida de su mano, directa hacia el águila. El impacto produjo una fuerte explosión, que derribó al ave de inmediato. Incapaz de moverse, Lyan quedó con la vista fija en el cuerpo abatido del animal.

Mientras se alejaba, triunfal, Lin observó al arquero, paralizado por la trampa que ella había preparado. Sonrió ante la mirada de odio que le profería. Aquello había sido una advertencia para él.

How-yí se derrumbó nada más quedar liberado. Había empleado mucha energía intentando escapar sin éxito del campo de fuerza. Alternaba su mirada entre Lyan y Pluma Blanca, hasta que la joven se alzó y trastabillando, se alejó tras los pasos de Lin.

Solo un pequeño charco de sangre sobre la tierra revelaba lo allí ocurrido minutos antes. Despacio, a causa de la extenuación que sentía en todos sus músculos, intentó agacharse, pero acabó desplomado. Con gesto cansado, tocó la sangre con las yemas de

los dedos. Sus sentidos no le fallaban. Indeciso, se acercó los dedos a los labios y el regusto de aquella sangre lo sacudió: sangre de dragón.

Asustado, apartó la mano, mirando sus propios dedos con temor. El vuelo errático de un solitario copo de nieve posándose sobre la yema de su dedo índice manchado de sangre lo atrapó en una especie de *déjà vu* iluminado de azul, a causa de un impresionante relámpago con infinidad de ramificaciones. El ensordecedor trueno le devolvió a la realidad de forma aplastante. Otra gran nevada se avecinaba.

“¿Qué has despertado, Lin?”.

Hace tres días que empezó a nevar, justo el día que Lin me traspasó con su espada. No sé describir el horror y el sufrimiento que experimenté.

El águila blanca parece haberse curado como yo. La he visto volar de nuevo.

El jardín casi está igual que cuando desperté. El cristal frío me refleja como el primer día que me vi. Me buscan, lo presiento. Estas últimas semanas mis pesadillas no solo han aumentado, sino que además, se han vuelto reales. Todas relacionadas con masacres, batallas e imágenes de cuerpos desmembrados. Y en todos mis sueños aparece una mujer de melena azabache, con los ojos grandes y del color del océano enfurecido, de piel canela y toda vestida de negro. Siempre me mira con desprecio y se ríe cuando aparto la vista de los muertos. No sé quién es, pero conoce mi nombre.

No he vuelto a entrenarme con Lin. Apenas salgo de mi cámara, ni siquiera para comer.

Escucho al bosque, algo abí afuera me llama. He de salir de la fortaleza. ¿Cómo?

Mientras Lyan se hallaba divagando en su habitación, Lin observaba el cielo con detenimiento. La nevada indicaba el fin del ciclo; extrañada, sabía que algo no iba bien. La nieve no presagiaba nada bueno, los animales también lo presentían, incluso sus caballos, acostumbrados a la magia, se mostraban nerviosos. Todo había comenzado el día de su último combate. ¿Habría molestado aquello a los dragones?

Intranquila, dudó en coger la misiva de Titania que le traía un mensajero que, ataviado con el blasón marrón del protector Kuan-tí —mano derecha y primer general de los ejércitos de Kaikiat, su señor—, esperaba impasible a que ella se decidiera. Apretando con

fuerza la empuñadura de su espada, Lin respiró con determinación y al mirar a la cara del guerrero hsia, se sorprendió al ver los ojos almendrados y de color miel de una mujer, que de inmediato le recordaron a sí misma. Reflejaban ambición y orgullo. Conocía de oídas a Cang-o, una joven promesa de la que se esperaba mucho.

Tras leer la misiva, una especie de alegría recorrió su cuerpo. La fortaleza debía prepararse para un inminente ataque.

A varias horas de la gran fortaleza, no sin muchos esfuerzos a causa de la nieve acumulada, avanzaba hacia ella una cincuentena de expertos y bravos guerreros, capitaneados por una figura montada en un semental plateado de crines canas. La montura, con toda la fuerza de sus agotados pero poderosos músculos, hendía con las pezuñas la gruesa capa de nieve. Ella y su jinete intentaban llegar lo antes posible a la fortaleza. El hombre, de ojos densos y rasgados color esmeralda, no pertenecía a la raza humana. Su piel canela y su extraordinaria envergadura le revelaban como Kaikiat, el Señor de los Hsias y la mayor creación de Cronos, el gran dragón verde, dedicado a perpetuar la paz. Detrás de él, lo más cerca que les permitían sus también vigorosas monturas, iban Kuan-tí y los dos hermanos menores de Lin: Liu-sin y Ho-po, junto con sus mejores soldados, enviados por Arcanos, anterior regente del Consejo, para proteger la fortaleza de lo que se avecinaba. El enemigo del anciano dragón gris señalaba como objetivo a Lyan.

El Señor de los Hsias veía impotente cómo el sol se ocultaba, sabía que debían llegar antes de su puesta. La conjunción planetaria total tendría lugar en unas horas y en ese momento, el flujo aumentaría. Si Arcanos tenía razón en cuanto a la naturaleza de su enemigo, el poder de Lin no serviría de nada. Turbado, espoleaba a su montura, sin entender por qué le enviaban con tan pocos guerreros para una amenaza tan grande. Pocas razas quedaban con el conocimiento necesario para dominar el flujo a su voluntad y menos aún que estuvieran tan organizadas como para declarar la guerra a los dragones.

How-yí, incómodo dentro del peto acorazado, concentraba sus pensamientos en Lyan. Anocheceía y todos habían recibido las mismas instrucciones: proteger la fortaleza. Nada más. Inquieto, veía los planetas trazar poco a poco una singular línea recta. El ataque sería ejecutado con magia. Odiaba aquella calma que

siempre precedía la batalla. Nunca le había gustado combatir y si su adversario empleaba el flujo, aún menos. Cansado de esperar, se dirigió hacia los aposentos de Lyan, algo le avisaba que el peligro estaba allí.

Todos los hsias ardían en deseos de luchar, percibían el carácter mágico de la contienda. Lin, en el bastión de la muralla, permanecía inmutable ante la virulencia de la tormenta desatada. Sabía que no debía preocuparse por los humanos, no volverían a pedir refugio. Aquella idea le sacó una sonrisa de desprecio.

La nieve pronto alcanzaría el mismo nivel que hacía tres años y entonces empezaría la lucha. Sabía que Kaikiat no llegaría a tiempo, pero resistirían.

Ansiosa, esperaba que su enemigo se mostrase. Con más de doscientos años humanos, recordaba a la perfección todas las razas contra las que había luchado. ¿Cuál de ellas se atrevería a provocar la furia de los dragones poniendo en peligro la paz? ¿Y por qué buscaban a Lyan? La joven, débil de espíritu, no les serviría de nada. Si la capturaban, moriría, pues incapaz de matar, jamás se defendería. En sus extraños ojos, la misericordia se asomaba insultante.

Un relámpago cruzó el cielo iluminando la noche durante unos segundos; después, la tierra tembló. La nieve cesó y el viento se expandió por los jardines trasportando tras de sí un incómodo silencio. Lin sintió cómo el frío penetraba tras su coraza. Al instante su piel se recubrió de escamas, su armadura natural. El sonido de la espada deslizándose rápida fuera de su vaina quedó amplificado y, en sincronía, el resto de sus soldados la imitaron. Al mirar su afilada hoja, recordó cuando la clavó en Lyan. Se había sentido poderosa, pero al verla caer al suelo, con los ojos vidriosos de muerte, sintió una punzada en su interior, como si a ella también le hubiesen clavado una espada. Después apareció la angustia. ¿Qué había hecho? Pero aquellos sentimientos habían durado poco, nada más verla retorcerse a sus pies con el temor instaurado en sus ojos, le repugnó su actitud. Un auténtico dragón jamás demostraba sentimiento alguno.

Lyan, encerrada en su habitación, se exasperaba sin saber qué ocurría. Solo quería escapar de aquel lugar.

Al empezar a anochecer, Lin me encerró en mi habitación. El sonido de la llave haciendo girar los engranajes de la cerradura perturbó más mi estado.

—Aquí estarás segura entre las paredes de madera —me dijo, y sin más explicaciones, se marchó.

A través del ventanal veía el jardín nevado, de repente una gran angustia me embargó, alguien sufría de forma descomunal por no poder estar aquí. ¿A quién pertenecían a aquellas emociones?

¿Qué ocurría?

Mis ojos divagaban entre las estatuas nevadas que adornaban el jardín, cuando en el cielo diez estrellas formaron una perfecta línea recta. Una punzada de dolor en mi cerebro me paralizó. El agudísimo pinchazo impregnó mi mente con imágenes de hombres y mujeres muertos en guerras lejanas, transmitiéndome sus temores, su odio, sus esperanzas... Del fuerte dolor caí al suelo. Poco a poco, con el contacto de la cálida madera, me fui recuperando; aunque asustada por la extraña visión, me quedé allí, inmóvil. ¿Qué había sido?

Justo al caer Lyan al suelo por el estallido de imágenes en su memoria, cientos de hombres y mujeres armados atravesaron las murallas de la fortaleza. Estos seres fantasmales a los que unos simples muros no detenían, vestían de negro con una conocida insignia bordada en su pecho. En un ensordecedor acto simultáneo, todos desenvainaron las armas. La batalla había comenzado, nada podrían hacer los hsias más que resistir, evitando las heridas de muerte. Los enemigos, al estar ya muertos, estocada tras estocada seguían luchando y desde el bosque aparecían más y más.

Lin y sus guerreros combatían con osadía, aunque resultaba insuficiente, ya que los espectros luchaban con un estilo, si no idéntico, muy similar al suyo.

Me incorporé al escuchar un atronador sonido, hombres y mujeres como los que acababa de ver luchaban en los jardines con los hsias de la fortaleza. Retrocedí, asustada, hasta la cama. Mi espada, apoyada en la cabecera, me esperaba. No recordaba haberla dejado allí...

Los gritos y el tañer del metal, cada vez más intensos, retumbaban en mi mente evocando sensaciones e impresiones que desconocía. Cogí la espada y me acerqué al ventanal. Los hsias continuaban combatiendo, no quedaba ningún humano vivo. Los seres de ultratumba proseguían en su ataque, que ya empezaba a debilitar a los guardianes de la fortaleza. Debajo del ventanal, Lin luchaba con una fiereza extraordinaria, sus músculos respondían con

vertiginosa agilidad, una danza letal y sincronizada; pero pese a su gran destreza, esta vez nada podía hacer. Una y otra vez volvían a levantarse, menos aquellos que eran decapitados. Estos caían al suelo, convertidos en polvo, y sus bellos uniformes se desgarraban en jirones de gris perla.

El duro entrenamiento adquirido a través de los siglos había hecho de Lin una asesina inteligente. En cada movimiento demostraba todo el arrojo de su raza. Pese a saber que solo podría resistir, la muerte no la asustaba y con cada adversario daba siempre lo mejor de sí.

Los espectros la emboscaron, rodeándola, y abrieron paso a su capitán —el único que llevaba bordada la insignia también en el extraño yelmo de cuero anexionado a la coraza negra—, que nada más estar frente a ella le lanzó un primer ataque. La protectora no se dejaría vencer con facilidad, lucharía hasta el final; pero el espectro, adivinando todos sus movimientos, se anticipaba a sus diestras y veloces estocadas. Como en un baile de parejas, combatían en armónica perfección.

Lin, sorprendida por la destreza de su adversario, que la superaba usando su mismo estilo, luchaba intentando no sucumbir a la furia. Sus tentativas de penetrar en su espacio vital se frustraban siempre con una coordinada defensa, y a medida que los dos grandes guerreros adquirían mayor velocidad, el sonido de metal contra metal crecía en intensidad. Lin se esforzaba en seguir el ritmo del capitán de las sombras, que gracias a su condición, no sentía fatiga alguna, y que al fin, dando muestras de aburrimiento, decidió terminar con aquella pantomima y clavó su espada en el costado de la mujer, en una maniobra de gran celeridad y precisión.

—Enemigo de Titania.

La voz cavernosa y sin vida de su oponente fue lo último que escuchó la protectora ante el asombro de su herida. Al caer, el espectro volvió a clavar su espada en el bello y ágil cuerpo de la hsia.

La imagen de Lin cayendo sobre la nieve traspasó todos mis temores. Solo recuerdo el dolor y rabia que ardió en mí, provocando un rugido en mis cuerdas vocales. Luego el sonido de cristales rotos y el frío viento en mis ropajes de seda, y acto seguido la suave y helada nieve hasta mis tobillos... Un escaso metro me separaba de su cuerpo derribado.

En aquel momento me di cuenta de que todo mi mundo giraba en torno a

ella, la nieve y el brillo de sus ojos eran mis primeros recuerdos.

Hubo un alto en la batalla, los muertos me miraron desde sus vacías cuencas y sonrieron, la tregua duró segundos. El tañer del metal ensordeció mis oídos de nuevo.

El capitán hizo un gesto y los espectros rodearon a Lyan, que desesperada, blandía su espada deseando llegar hasta la única persona que creía conocer. Atormentada y desorientada, hacía acopio de todo su valor. Su esperanza yacía a los pies de aquel que siglos atrás fuera un hombre, y que la observaba con los ojos abiertos en una extraña mueca de dolor.

Guiada por la rabia, se sorprendió saltando hacia el espectro, quien la derribó sin inmutarse.

Detrás del fragor de la batalla, una melodía metálica empezó a sonar de forma débil. El tintineo del cascabel, perceptible para los espectros, no afectó a los hsias. El capitán alzó del cuello a Lyan y volvieron a empezar la lucha. Poco a poco él la guiaba en dirección al estanque, parando sus golpes con el mismo estilo que ella poseía.

Empezaba a anochecer y el Señor de los Hsias veía la gran fortaleza y detrás de ella el lago Riala, llenando el vasto valle helado. No llegaría a tiempo.

Espoleó encolerizado a su montura, que en un acto de devoción, aumentó la velocidad pese a su gran agotamiento.

How-yí supo que algo iba mal al escuchar el ruido de cristales rotos. Sin pensarlo, concentró la energía necesaria en la palma de su mano y la cerradura estalló. La cámara de Titania, vacía y sin apenas luz, mostraba un aspecto desolador. No podía creer que una invitada tan importante apenas tuviera muebles o pertenencias. Un pequeño colchón sobre el suelo y un enorme baúl con gradados de runas representaban el único mobiliario de la amplia habitación. El viento gélido lo transportó a su verdadera preocupación. Sin pensárselo, saltó por el ventanal.

Lyan, acorralada y asustada ante el ser que jugaba con ella, en un combate de por sí perdido, no podía pensar más que en resistir. Presentía la llegada de alguien poderoso.

Kaikiat reventó la entrada de la fortaleza. Gracias a la alineación de los planetas, podía canalizar el flujo con mayor rapidez. Cuando

la onda expansiva cesó, el tintineo de la melodía metálica se extendió resonando más enérgico, provocando que gran parte de los espectros se volvieran hacia los recién llegados.

Por extraño que pareciera, aquel tintineo metálico me indicó el final de la lucha. El capitán vestido de negro y con insignia dorada me sonrió, y en un gesto casi imperceptible, bajó la cabeza en señal de saludo. En sus cuencas puede ver una extraña luz azulada, mientras sus manos se aferraban a mi garganta y poco a poco la vista se me nublaba junto con la consciencia.

Cuando Lyan hubo perdido el sentido, su opresor la lanzó con fuerza al estanque. El cuerpo se hundió mientras de forma instantánea la superficie se congelaba. Una vez el estanque quedó cubierto, se unió a la batalla con sus guerreros.

Desperté a causa del frío, me hallaba atrapada dentro del estanque, el hielo no se rompía por más golpes que daba. ¿Cómo era posible? Recuerdo la ansiedad y el miedo. Recuerdo querer gritar, golpear con fuerza la capa de hielo. Recuerdo el frío y como poco a poco todo dejaba de importar. Recuerdo las aguas emitir una leve fluorescencia azulada... Después la noche estrellada.

How-yí cayó en la nieve de forma sigilosa. El cuerpo de Lin yacía en el suelo en una postura grotesca. Reprimió el impulso de comprobar si aún seguía con vida para buscar a Lyan. Ella era su prioridad.

Un espectro lo interceptó con un golpe de espada, a lo que él respondió pegando su hoja a la de su oponente, y siguió luego su trayectoria hasta pararla con el nervio de su espada en un movimiento suave. De inmediato lo atacó, y para su sorpresa, la respuesta del espectro fue idéntica a la suya.

Separados por la distancia de sus jians, el arquero estudió a su adversario. Poseía una altura superior a la suya, y también era más corpulento. Vestido de negro, parecía llevar una especie de armadura reticular. En su rostro difuso y oculto de forma parcial por una capucha de un material similar a la indumentaria, una diabólica sonrisa dejó entrever unos puntiagudos colmillos. Todo en él le indicaba que poseía un gran dominio de la espada, desde la posición de sus pies, caderas y hombros, hasta la inclinación de la refulgente arma de doble filo. Al cambiar de posición con un ligero desplazamiento en perpendicular, How-yí sintió que perdía el

aliento al ver el emblema bordado en el lado izquierdo del pecho de su enemigo.

El tintineo metálico resonó, esta vez para todos y con mayor fuerza. Uno a uno los espectros desaparecían, incluido su adversario, quien antes de desvanecerse, inclinó el rostro en señal de respeto.

La insignia de aquellos guerreros le provocaba un cúmulo de emociones dispares. ¿Cómo era posible que el diamante con un dragón en su interior se alzara sobre Shima?

Un fuerte dolor en el pecho lo ahogó al reconocer a sus enemigos, si es que de verdad lo eran.

En aquel mismo instante, alguien con la apariencia de un ser de la raza vulgar sacaba a rastras del lago a Lyan, mientras poco a poco su superficie volvía a helarse. Ella, al escuchar en sueños el feroz rugido de frustración de Kaikiat, amplificado por la acústica del valle, despertó aturdida y desorientada, y de forma instintiva, como respuesta a algo que provenía de su interior, sus labios se abrieron en un intento de contestar.

—¡Ni lo sueñes! ¡Qué te crees que le vas a llamar! ¡Con lo que me ha costado sacarte de allí! —le riñó su salvador, y dándole un golpe seco en la cabeza, la hizo volver a perder el sentido—. He gastado demasiada energía en esta incursión. El estanque estaba muy lejos de aquí, suerte que sus aguas comunican con este lago, que sí no... ¡Ni con toda la galaxia alineada te saco de allí! ¡Demasiada energía! ¡La conjunción duraba muy poco! ¡Mira que lo advertí! Suerte que todo ha salido bien...

En la orilla oeste, al lado del derruido embarcadero, un pequeño establo aún quedaba en pie. Construido tiempo atrás para dar reposo a las monturas de los viajeros que cruzaban el lago con destino a la gran fortaleza, había quedado en desuso. Nadie quería ver ya a los hsias. La nueva fe humana prohibía de forma implícita el trato con la raza de los dragones.

El extraño depositó allí dentro a Lyan. Sabía que nadie los molestaría, al menos por el momento.

Dentro, un imponente semental negro con las crines azul noche esperaba intranquilo.

—Cuidala bien, te necesitará —le ordenó con voz dulce mientras le palmeaba la grupa.

El caballo resopló en la desaliñada cuadra, sin desviar la vista de

Lyan.

—Dejo esto aquí. No os preocupéis, para cuando lo descubran, ya estaréis lejos. Adiós.

El hombre se arrodilló ante Lyan y con cariño pasó la mano por su bello rostro, retirándole el pelo mojado. Recordaba el día que la vio por primera vez, siglos atrás, en el antiguo salón de ceremonias sertinita. Pese a que su cuerpo era diferente, la fuerza de su aura resultaba idéntica.

—Hasta pronto, Ángel de las Tinieblas.

Al levantarse, clavó la vista en la ropa seca dejada segundos antes, encima de esta, el acero de la espada sin vaina emitía destellos ante la poca luz. Dubitativo, cogió el arma. El semental rechinó enfadado y con sus poderosas patas palmeó el suelo.

—¡No! Mejor que me la lleve. Así buscará la suya.

Y emitiendo la misma melodía metálica, desapareció en la noche tras los espectros.

—Señor, os he fallado.

—Sí, Lin. Pero el castigo le pertenece al Consejo, ya que pese a todo, Lyan salió de la cámara por su voluntad, para ayudarte. Porque ella conocía el poder de la madera de Titania, ¿verdad?...